

3

CAPÍTULO

EDUCACIÓN, LIDERAZGO Y DESARROLLO PROFESIONAL EN ENFERMERÍA

Jefferson Fabio Nevárez Cortez, Karla Mariuxi Román Manzano,
Shirley Rubí Córdova Jara

3.1. Introducción

La enfermería constituye una disciplina científica y una profesión esencial dentro de los sistemas de salud, cuyo desarrollo ha estado estrechamente vinculado a la evolución del conocimiento, las transformaciones sociales y las crecientes demandas de atención sanitaria. En la actualidad, el ejercicio profesional trasciende la prestación de cuidados clínicos, incorporando responsabilidades relacionadas con la educación, la gestión, el liderazgo, la investigación y la innovación. Este escenario exige profesionales altamente capacitados, capaces de responder a contextos asistenciales complejos mediante una práctica reflexiva, ética y fundamentada en la mejor evidencia científica disponible (Del Carmen De Arco-Canoles & Suárez-Calle, 2018; Mendes et al., 2016).

La formación del profesional de enfermería ha experimentado importantes transformaciones durante las últimas décadas. Los modelos tradicionales centrados en la transmisión de conocimientos han dado paso a enfoques educativos orientados al desarrollo de competencias, el aprendizaje activo, el pensamiento crítico y la resolución de problemas clínicos. Actualmente, las instituciones de educación superior buscan formar profesionales capaces de integrar conocimientos científicos, habilidades técnicas, competencias comunicativas y valores humanísticos que les permitan brindar cuidados seguros, integrales y centrados en las personas (Moya & Parra, 2006; Moscoso, 2022).

Uno de los principales desafíos de la educación en enfermería consiste en preparar profesionales capaces de adaptarse a los constantes cambios científicos y tecnológicos que caracterizan a los sistemas de salud contemporáneos. El acelerado crecimiento del conocimiento biomédico, la incorporación de nuevas tecnologías sanitarias, la transformación digital de los servicios y la aparición de nuevos modelos de atención hacen indispensable que los profesionales desarrollen una actitud de aprendizaje permanente. En este sentido, la educación deja de entenderse como una etapa limitada al pregrado para convertirse en un proceso continuo que acompaña toda la trayectoria profesional (Cruz, 2022).

La educación continua representa un componente estratégico para garantizar la actualización permanente de competencias y fortalecer la calidad del cuidado. Mediante programas de formación, cursos de actualización, diplomados, especializaciones, programas de posgrado y actividades de desarrollo profesional continuo, los enfermeros adquieren nuevos conocimientos y perfeccionan sus habilidades clínicas, administrativas, docentes e investigativas. Este proceso favorece la incorporación de innovaciones científicas, fortalece la práctica basada en evidencia y mejora la capacidad de respuesta frente a los desafíos emergentes de los sistemas sanitarios (Cruz, 2022; Lafuente-Robles et al., 2019).

Junto con la educación, el liderazgo constituye otro de los pilares fundamentales para el fortalecimiento de la profesión. El liderazgo en enfermería implica la capacidad para influir positivamente en los equipos de trabajo, promover ambientes laborales colaborativos, impulsar procesos de mejora continua y orientar la toma de decisiones

hacia la calidad y la seguridad del paciente. Más allá de ocupar cargos administrativos, el liderazgo forma parte del ejercicio cotidiano del profesional, manifestándose en la coordinación de cuidados, la comunicación efectiva, la resolución de conflictos y la gestión del cambio dentro de los servicios de salud (Tapia, 2020; Pailaquilén, 2020).

La evidencia científica demuestra que el liderazgo efectivo contribuye significativamente al desempeño organizacional y a la calidad de la atención. Los líderes de enfermería favorecen el compromiso de los equipos, fortalecen la cultura institucional, incrementan la satisfacción laboral y promueven la implementación de prácticas innovadoras. Particularmente, el liderazgo transformacional ha demostrado efectos positivos sobre la motivación del personal, el trabajo interdisciplinario y la adopción de procesos de mejora continua orientados a optimizar los resultados asistenciales (De Melo Lanzoni & Meirelles, 2011; Aguayo-Loyola et al., 2023).

El desarrollo profesional constituye un proceso dinámico mediante el cual el enfermero amplía progresivamente sus competencias clínicas, científicas, docentes, administrativas y de investigación. Este desarrollo no depende únicamente de la experiencia acumulada, sino también de la capacidad para reflexionar sobre la práctica, incorporar nuevos conocimientos, participar en actividades académicas y asumir responsabilidades de liderazgo dentro de las organizaciones sanitarias. En consecuencia, el crecimiento profesional implica un compromiso permanente con el aprendizaje, la innovación y la excelencia en el cuidado (Lafuente-Robles et al., 2019).

Dentro de este proceso adquiere especial importancia el fortalecimiento del pensamiento crítico y la práctica reflexiva. Ambos elementos permiten analizar situaciones clínicas complejas, evaluar alternativas de intervención y fundamentar las decisiones profesionales en criterios científicos, éticos y humanísticos. La formación de enfermeros reflexivos favorece una mayor autonomía profesional, mejora la capacidad para resolver problemas clínicos y contribuye a generar conocimiento a partir de la experiencia asistencial (Wolf & Penafiel, 2017; Guamán et al., 2024).

Asimismo, la investigación constituye un componente indispensable para el desarrollo profesional de la enfermería. La generación y aplicación del conocimiento científico fortalecen la identidad disciplinar, permiten evaluar la efectividad de las intervenciones y contribuyen a mejorar la calidad de los cuidados. La participación en proyectos de investigación, publicaciones científicas y redes académicas favorece el crecimiento profesional y posiciona a la enfermería como una disciplina comprometida con la innovación y la producción de evidencia científica (Rivera, 2017; Coffré et al., 2018).

En los últimos años, la educación interprofesional ha adquirido una importancia creciente como estrategia para fortalecer el trabajo colaborativo entre los diferentes profesionales de la salud. Este enfoque promueve el aprendizaje conjunto, la comunicación efectiva y la comprensión de los distintos roles profesionales, favoreciendo una atención más integrada y centrada en las necesidades de los pacientes. La colaboración interdisciplinaria constituye actualmente uno de los

principales desafíos para alcanzar sistemas de salud más eficientes y orientados hacia la Cobertura Universal de Salud (Fortuna et al., 2022; Mendes et al., 2016).

Finalmente, el desarrollo de la enfermería durante las próximas décadas estará estrechamente relacionado con la capacidad de los profesionales para liderar procesos de innovación, adaptarse a los avances tecnológicos y fortalecer continuamente sus competencias científicas y humanísticas. La educación permanente, el liderazgo transformacional, el pensamiento crítico, la investigación y la formación interprofesional representan pilares estratégicos para consolidar una profesión capaz de responder a los desafíos de los sistemas sanitarios contemporáneos y contribuir al bienestar de las personas, las familias y las comunidades.

En este marco, el presente capítulo tiene como propósito analizar la importancia de la educación, el liderazgo y el desarrollo profesional en enfermería como componentes esenciales para fortalecer la calidad del cuidado, promover la excelencia académica y favorecer el crecimiento disciplinar. Se abordarán los fundamentos de la educación permanente, las competencias profesionales, los principales modelos de liderazgo, el pensamiento crítico, la investigación, la innovación educativa y las perspectivas futuras del desarrollo profesional, destacando su contribución a la construcción de una enfermería más competente, reflexiva, autónoma y comprometida con la mejora continua de los servicios de salud.

3.2. Educación en enfermería: fundamentos y evolución

La educación constituye uno de los pilares fundamentales para el fortalecimiento de la profesión de enfermería, ya que proporciona los conocimientos, habilidades, actitudes y valores necesarios para brindar una atención segura, ética y basada en la evidencia científica. Más allá de la adquisición de competencias técnicas, la formación en enfermería busca desarrollar profesionales capaces de analizar críticamente los problemas de salud, tomar decisiones fundamentadas y responder de manera integral a las necesidades de las personas, las familias y las comunidades. En este sentido, la educación representa un proceso permanente que acompaña al profesional durante toda su vida laboral y favorece su adaptación a los constantes cambios científicos, tecnológicos y sociales (Moya & Parra, 2006; Cruz, 2022).

Históricamente, la formación en enfermería ha evolucionado desde modelos centrados en el aprendizaje empírico hacia programas universitarios sustentados en fundamentos científicos y pedagógicos. Durante gran parte del siglo XX predominó una enseñanza orientada principalmente al desarrollo de habilidades técnicas y al cumplimiento de procedimientos estandarizados. Sin embargo, la creciente complejidad de los sistemas de salud impulsó una transformación curricular orientada al desarrollo de competencias profesionales, el razonamiento clínico, el liderazgo, la investigación y la gestión del cuidado. Esta evolución ha fortalecido la autonomía disciplinar y ha consolidado a la enfermería como una profesión con un sólido respaldo científico (Del Carmen De Arco-Canoles & Suárez-Calle, 2018).

Actualmente, los programas de formación incorporan enfoques educativos centrados en el estudiante, donde el aprendizaje activo reemplaza progresivamente a los modelos tradicionales de enseñanza expositiva. Estrategias como el aprendizaje basado en problemas, el aprendizaje colaborativo, la simulación clínica, los estudios de caso y la educación interprofesional permiten que los futuros profesionales desarrollen competencias para enfrentar situaciones clínicas complejas y favorecen la integración entre teoría y práctica. Estas metodologías fortalecen la capacidad de análisis, la toma de decisiones y la resolución de problemas, competencias indispensables para el ejercicio profesional contemporáneo (Moscoso, 2022; Fortuna et al., 2022).

La educación en enfermería también ha experimentado importantes transformaciones como consecuencia del desarrollo tecnológico. La incorporación de plataformas virtuales, simuladores clínicos de alta fidelidad, recursos multimedia y herramientas digitales ha ampliado las oportunidades de aprendizaje, permitiendo modalidades híbridas y completamente virtuales que favorecen la flexibilidad y el acceso a la educación continua. Estas innovaciones no sustituyen la práctica clínica, sino que complementan el proceso formativo al ofrecer escenarios seguros para el entrenamiento de habilidades técnicas, comunicativas y de toma de decisiones antes del contacto con pacientes reales (Cruz, 2022; Moscoso, 2022).

Uno de los objetivos centrales de la formación universitaria consiste en desarrollar competencias profesionales integrales. El concepto de competencia engloba la capacidad de movilizar conocimientos científicos, habilidades técnicas, destrezas comunicativas, pensamiento crítico, principios éticos y actitudes profesionales para resolver eficazmente situaciones propias de la práctica clínica. Desde esta perspectiva, la educación en enfermería no se limita a transmitir información, sino que busca formar profesionales capaces de actuar con autonomía, responsabilidad y compromiso social en diferentes contextos asistenciales (Fuentes et al., 2014).

El fortalecimiento del pensamiento crítico constituye otro componente esencial dentro de la formación profesional. El pensamiento crítico permite analizar información de manera objetiva, evaluar la calidad de la evidencia disponible, identificar problemas clínicos y seleccionar las intervenciones más adecuadas para cada situación. Diversos estudios señalan que el desarrollo de esta competencia favorece una práctica clínica más segura, mejora el juicio profesional y promueve una actitud investigativa permanente, elementos indispensables para garantizar cuidados de calidad (Wolf & Penafiel, 2017; Guamán et al., 2024).

De manera complementaria, la práctica reflexiva se ha consolidado como una estrategia pedagógica que favorece el aprendizaje significativo y el desarrollo profesional. Reflexionar sobre las experiencias clínicas permite identificar fortalezas, reconocer oportunidades de mejora y transformar la experiencia cotidiana en conocimiento profesional. Este proceso contribuye al desarrollo de profesionales capaces de aprender de la práctica, adaptarse a nuevas situaciones y mantener una actitud crítica frente a los desafíos del cuidado (Moya & Parra, 2006; Olate & Castillo, 2016).

En este sentido, la educación basada en competencias, el fortalecimiento del pensamiento crítico y la incorporación de metodologías activas han permitido transformar la formación de enfermería en un proceso dinámico, orientado a preparar profesionales capaces de liderar procesos de innovación, responder a las necesidades cambiantes de la población y contribuir al fortalecimiento de los sistemas de salud. La formación universitaria deja así de ser únicamente un espacio para la adquisición de conocimientos y se convierte en el punto de partida de un proceso permanente de aprendizaje y desarrollo profesional que continuará a lo largo de toda la vida laboral.

Figura 3.1. Evolución de la formación profesional en enfermería



Nota. Elaboración propia con base en Moya y Parra (2006), Fuentes et al. (2014), Moscoso (2022), Cruz (2022), Fortuna et al. (2022) y Mendes et al. (2016).

3.3. Educación continua y aprendizaje permanente

La educación continua constituye un componente esencial para garantizar el desarrollo profesional del personal de enfermería y mantener la calidad de los cuidados en un contexto sanitario caracterizado por constantes avances científicos, tecnológicos y organizacionales. A diferencia de la formación de pregrado, que proporciona las bases conceptuales y técnicas para el ejercicio profesional, la educación continua permite actualizar conocimientos, fortalecer competencias y adquirir nuevas habilidades necesarias para responder a las demandas cambiantes de los sistemas de salud. De esta manera, el aprendizaje deja de ser un proceso limitado al ámbito universitario para convertirse en una responsabilidad permanente que acompaña al profesional durante toda su trayectoria laboral (Cruz, 2022).

La evolución de la ciencia y la tecnología ha transformado profundamente el ejercicio de la enfermería. La incorporación de nuevos procedimientos diagnósticos y terapéuticos, el desarrollo de tecnologías digitales, la implementación de sistemas electrónicos de información clínica y la creciente complejidad de las enfermedades obligan a los profesionales a mantenerse permanentemente actualizados. En este escenario, la educación continua favorece la adquisición de competencias que permiten ofrecer cuidados seguros, eficientes y fundamentados en la mejor evidencia científica disponible (Lafuente-Robles et al., 2019).

El aprendizaje permanente, también conocido como *lifelong learning*, es un principio reconocido por organismos internacionales y por las instituciones de educación superior como una condición indispensable para el desarrollo profesional. Este enfoque promueve una actitud de búsqueda constante del conocimiento, donde el profesional asume un papel activo en su propio proceso de formación mediante la participación en cursos de actualización, diplomados, programas de especialización, maestrías, doctorados, congresos científicos, seminarios, certificaciones y actividades de educación virtual. Estas experiencias enriquecen las competencias clínicas, administrativas, investigativas y docentes, favoreciendo una práctica profesional más autónoma y reflexiva (Mendes et al., 2016; Cruz, 2022).

La educación continua también fortalece la capacidad de adaptación frente a los cambios organizacionales y a las transformaciones del entorno sanitario. Las reformas en los sistemas de salud, la implementación de nuevos modelos de atención, la incorporación de estándares internacionales de calidad y seguridad del paciente, así como la utilización de herramientas digitales, requieren profesionales capaces de aprender, desaprender y reaprender de manera constante. Este proceso favorece una mayor flexibilidad profesional y mejora la capacidad para afrontar situaciones complejas dentro de los diferentes niveles de atención (Fuentes et al., 2014).

En los últimos años, las tecnologías de la información y la comunicación han ampliado significativamente las oportunidades para la formación continua. Las plataformas virtuales de aprendizaje, los cursos masivos en línea, las videoconferencias, las bibliotecas digitales y los simuladores clínicos permiten acceder al conocimiento desde cualquier lugar y en cualquier momento. Estas modalidades ofrecen mayor flexibilidad para compatibilizar la formación académica con las responsabilidades laborales, favoreciendo además el intercambio de experiencias entre profesionales de diferentes instituciones y países (Moscoso, 2022).

Otro aspecto relevante de la educación permanente es el fortalecimiento de la práctica basada en evidencia. La actualización continua facilita el acceso a nuevas investigaciones, guías de práctica clínica y recomendaciones internacionales, permitiendo que las decisiones clínicas se fundamenten en información científica de calidad. Este proceso contribuye a reducir la variabilidad de la práctica asistencial, incrementar la seguridad del paciente y mejorar los resultados clínicos, consolidando una cultura de mejora continua dentro de las organizaciones sanitarias (Lafuente-Robles et al., 2019).

Asimismo, la educación continua favorece el desarrollo de competencias transversales para el ejercicio profesional contemporáneo. Entre ellas destacan el liderazgo, la comunicación efectiva, el trabajo en equipo, la gestión del cambio, la inteligencia emocional, la resolución de conflictos y el pensamiento crítico. Estas competencias complementan los conocimientos clínicos y fortalecen la capacidad del profesional para desempeñarse en funciones asistenciales, administrativas, docentes e investigativas, respondiendo a las necesidades de organizaciones sanitarias cada vez más complejas (Fuentes et al., 2014; Aguayo-Loyola et al., 2023).

La participación en actividades de formación continua también tiene un impacto positivo sobre la motivación y la satisfacción laboral del personal de enfermería. Diversos estudios indican que los profesionales que participan regularmente en programas de actualización muestran mayor confianza en sus competencias, mejor desempeño clínico y mayor compromiso con los objetivos institucionales. Además, el acceso a oportunidades de desarrollo profesional favorece la retención del talento humano, fortalece la identidad profesional y promueve una cultura organizacional orientada al aprendizaje permanente y a la excelencia asistencial (Cruz, 2022; Mendes et al., 2016).

Finalmente, el aprendizaje permanente representa una estrategia indispensable para garantizar que la enfermería continúe evolucionando como una disciplina científica comprometida con la innovación, la calidad y la seguridad del cuidado. La combinación de formación continua, actualización científica y desarrollo de competencias profesionales permite responder eficazmente a los desafíos presentes y futuros de los sistemas de salud, consolidando profesionales capaces de liderar procesos de transformación y contribuir al bienestar de las personas y las comunidades.

Figura 3.2. Proceso de educación continua y aprendizaje permanente en enfermería



Nota. Elaboración propia con base en Cruz (2022), Mendes et al. (2016), Lafuente-Robles et al. (2019), Fuentes et al. (2014) y Moscoso (2022).

3.4. Liderazgo en enfermería

El liderazgo es la competencias más importantes para el ejercicio profesional de la enfermería. Más allá de representar una posición jerárquica, el liderazgo implica la capacidad de influir positivamente en otras personas, orientar equipos de trabajo, promover el logro de objetivos comunes y generar entornos que favorezcan la calidad, la seguridad del paciente y el desarrollo profesional. En el contexto sanitario actual, caracterizado por la complejidad de los procesos asistenciales y la necesidad de una atención interdisciplinaria, el liderazgo se ha convertido en un elemento indispensable para garantizar una gestión eficiente del cuidado y responder a las necesidades cambiantes de la población (Tapia, 2020; Pailaquilén, 2020).

La evolución de la profesión ha ampliado significativamente el rol del enfermero como líder dentro de los diferentes niveles de atención. Tradicionalmente, el liderazgo se asociaba exclusivamente con funciones administrativas o cargos directivos; sin embargo, en la actualidad se reconoce que todo profesional de enfermería ejerce liderazgo durante la coordinación del cuidado, la toma de decisiones clínicas, la comunicación con el equipo de salud y la interacción con pacientes y familiares. Esta perspectiva reconoce que el liderazgo forma parte de la práctica cotidiana y constituye una competencia transversal que debe desarrollarse desde la formación universitaria (De Melo Lanzoni & Meirelles, 2011).

Diversos enfoques teóricos han contribuido a comprender el liderazgo en enfermería. Entre ellos destacan el liderazgo transformacional, el liderazgo transaccional, el liderazgo situacional y el liderazgo compartido. Aunque cada modelo presenta características particulares, todos coinciden en que el líder debe poseer habilidades para motivar, comunicar, orientar y facilitar el trabajo colaborativo. En la práctica asistencial, estos enfoques permiten adaptar el estilo de liderazgo según las características del equipo, las necesidades institucionales y la complejidad de las situaciones clínicas (Tapia, 2020).

El liderazgo transformacional, actualmente uno de los modelos más estudiados y aplicados en enfermería, debido a su capacidad para promover cambios positivos dentro de las organizaciones. Este enfoque se caracteriza por inspirar una visión compartida, estimular el desarrollo profesional del personal, fortalecer el compromiso con la institución y fomentar la innovación. Los líderes transformacionales generan ambientes de confianza, favorecen la participación activa del equipo y promueven una cultura orientada hacia la mejora continua, la seguridad del paciente y la excelencia en el cuidado (De Melo Lanzoni & Meirelles, 2011; Aguayo-Loyola et al., 2023).

Por otra parte, el liderazgo clínico adquiere especial relevancia dentro de la atención directa al paciente. Este tipo de liderazgo se manifiesta en la capacidad del profesional para coordinar cuidados, priorizar intervenciones, resolver problemas clínicos, gestionar recursos y tomar decisiones fundamentadas en evidencia científica. El líder clínico actúa como referente para el equipo de salud, promoviendo prácticas seguras, una comunicación efectiva y la aplicación de protocolos asistenciales que contribuyan a mejorar los resultados en salud (Fuentes et al., 2014).

El desarrollo del liderazgo en enfermería requiere fortalecer múltiples competencias personales y profesionales. Entre las más importantes se encuentran la comunicación efectiva, la inteligencia emocional, la ética profesional, el pensamiento crítico, la resolución de conflictos, la negociación, la gestión del cambio y la capacidad para trabajar en equipos interdisciplinarios. Estas competencias permiten establecer relaciones de confianza, facilitar la colaboración entre los diferentes profesionales y promover un ambiente laboral basado en el respeto, la participación y el compromiso con la calidad asistencial (Fuentes et al., 2014; Aguayo-Loyola et al., 2023).

La evidencia científica demuestra que las organizaciones que cuentan con líderes de enfermería efectivos presentan mejores indicadores de desempeño institucional. Entre los beneficios descritos se encuentran una mayor satisfacción laboral del personal, reducción del agotamiento profesional, fortalecimiento del clima organizacional, disminución de eventos adversos y mejoras en la seguridad del paciente. Asimismo, el liderazgo favorece la implementación de procesos de innovación, impulsa la adopción de prácticas basadas en evidencia y contribuye al desarrollo de equipos altamente comprometidos con la excelencia del cuidado (Aguayo-Loyola et al., 2023; Morales & Díaz, 2023).

Otro aspecto fundamental es la formación sistemática del liderazgo desde los programas académicos. Diversas universidades han incorporado asignaturas, talleres, simulaciones clínicas y programas de mentoría destinados a fortalecer esta competencia desde el pregrado. Estas estrategias permiten que los estudiantes desarrollen habilidades para coordinar equipos, resolver situaciones complejas y asumir responsabilidades progresivas durante su formación. Además, iniciativas como el coaching educativo y los programas institucionales de desarrollo del liderazgo han demostrado resultados positivos en el fortalecimiento de la confianza profesional, la toma de decisiones y la capacidad para liderar procesos de cambio dentro de las organizaciones sanitarias (Rojas & Klijn, 2012).

Figura 3.3. Modelos y competencias del liderazgo en enfermería



Nota. Basado en De Melo Lanzoni y Meirelles (2011), Tapia (2020), Pailaquilén (2020), Aguayo-Loyola et al. (2023), Fuentes et al. (2014), Rojas y Klijn (2012) y Morales y Díaz (2023).

3.5. Competencias profesionales del enfermero líder

El fortalecimiento del liderazgo en enfermería depende del desarrollo de un conjunto de competencias que permiten al profesional responder eficazmente a las necesidades de los pacientes, coordinar equipos de trabajo y contribuir al mejoramiento continuo de los servicios de salud. Estas competencias integran conocimientos científicos, habilidades técnicas, capacidades interpersonales y valores éticos que favorecen una práctica profesional segura, humanizada y orientada hacia la excelencia.

En la actualidad, el liderazgo ya no se limita a quienes ocupan cargos administrativos, sino que constituye una competencia esencial para todos los profesionales de enfermería, independientemente del ámbito donde desempeñen sus funciones (Fuentes et al., 2014; Tapia, 2020).

Una de las competencias más importantes es la comunicación efectiva. La interacción permanente con pacientes, familiares, profesionales de diferentes disciplinas y gestores sanitarios exige habilidades comunicativas que permitan transmitir información clara, escuchar activamente y facilitar la toma de decisiones compartidas. Una comunicación adecuada reduce errores asistenciales, fortalece el trabajo colaborativo y mejora la seguridad del paciente, aspectos considerados prioritarios dentro de los sistemas de atención en salud (Aguayo-Loyola et al., 2023).

El pensamiento crítico es una competencia indispensable para el ejercicio del liderazgo, puesto que permite analizar situaciones complejas, interpretar información científica, valorar diferentes alternativas y tomar decisiones fundamentadas en evidencia. Los enfermeros líderes emplean el razonamiento crítico para resolver problemas clínicos, optimizar recursos y diseñar estrategias orientadas a mejorar la calidad del cuidado. Además, el pensamiento crítico favorece la innovación y fortalece la autonomía profesional, permitiendo responder de manera eficiente a escenarios asistenciales cada vez más dinámicos (Wolf & Penafiel, 2017; Guamán et al., 2024).

La inteligencia emocional desempeña un papel determinante en el liderazgo efectivo. Comprender las propias emociones, regular las respuestas ante situaciones de estrés y desarrollar empatía hacia pacientes y colaboradores favorece relaciones interpersonales saludables y ambientes laborales positivos. Los líderes emocionalmente competentes promueven la confianza, el respeto mutuo y la resolución constructiva de conflictos, fortaleciendo el compromiso del equipo con los objetivos institucionales y con la calidad del cuidado (Fuentes et al., 2014).

Otra competencia esencial es la capacidad para trabajar en equipos interdisciplinarios. La atención sanitaria contemporánea requiere una estrecha colaboración entre médicos, enfermeros, terapeutas, farmacéuticos, psicólogos y otros profesionales. El enfermero líder facilita la coordinación entre los diferentes integrantes del equipo, promueve el respeto por las competencias de cada disciplina y contribuye a la construcción de procesos asistenciales integrados, centrados en las necesidades de las personas y sus familias (Fortuna et al., 2022).

La gestión del cambio representa una competencia estratégica dentro de organizaciones sanitarias sometidas a constantes transformaciones. La incorporación de nuevas tecnologías, la implementación de protocolos actualizados, la digitalización de los procesos asistenciales y la evolución de los modelos organizacionales requieren líderes capaces de orientar al personal durante los procesos de cambio. Estos profesionales fomentan la innovación, disminuyen la resistencia institucional y favorecen la adaptación progresiva a nuevas formas de trabajo (De Melo Lanzoni & Meirelles, 2011).

La ética profesional constituye el eje transversal de todas las competencias del líder en enfermería. Las decisiones clínicas, administrativas y organizacionales deben fundamentarse en principios como la beneficencia, la justicia, la autonomía, la responsabilidad y el respeto por la dignidad humana. El liderazgo ético fortalece la confianza de los pacientes, promueve ambientes laborales respetuosos y favorece una cultura institucional comprometida con la transparencia y la seguridad asistencial (Del Carmen De Arco-Canoles & Suárez-Calle, 2018).

De igual forma, la capacidad para gestionar recursos humanos y materiales representa una competencia indispensable para garantizar la eficiencia de los servicios de salud. El enfermero líder participa en la planificación de actividades, distribución del personal, organización del trabajo y utilización racional de los recursos disponibles, procurando siempre mantener elevados estándares de calidad asistencial.

Una adecuada gestión contribuye a optimizar los procesos clínicos y mejorar la satisfacción tanto de los usuarios como del personal sanitario (Fuentes et al., 2014).

Tabla 3.1. Competencias esenciales del enfermero líder

Competencia	Aplicación en la práctica profesional
Comunicación efectiva	Favorece la coordinación del equipo y la seguridad del paciente.
Pensamiento crítico	Facilita la toma de decisiones fundamentadas en evidencia.
Inteligencia emocional	Promueve relaciones interpersonales positivas y manejo del estrés.
Trabajo en equipo	Fortalece la colaboración interdisciplinaria.
Gestión del cambio	Facilita la implementación de innovaciones y mejoras.
Ética profesional	Orienta decisiones responsables y humanizadas.
Gestión de recursos	Optimiza la organización del cuidado y la eficiencia institucional.
Débil trabajo colaborativo	Equipos interdisciplinarios
Recursos tecnológicos insuficientes	Plataformas digitales y herramientas tecnológicas
Baja motivación profesional	Incentivos para la investigación y mejora continua

Nota. Elaboración propia con base en Fuentes et al. (2014), Tapia (2020), Aguayo-Loyola et al. (2023), De Melo Lanzoni y Meirelles (2011), Fortuna et al. (2022) y Del Carmen De Arco-Canoles y Suárez-Calle (2018).

3.6. Pensamiento crítico y práctica reflexiva

El pensamiento crítico constituye una de las competencias esenciales para el ejercicio profesional de la enfermería, ya que permite analizar de manera objetiva las situaciones clínicas, interpretar información científica, valorar diferentes alternativas de intervención y tomar decisiones fundamentadas en la mejor evidencia disponible. En un contexto sanitario caracterizado por la complejidad de los cuidados y la rápida evolución del conocimiento, los profesionales requieren desarrollar habilidades que les permitan ir más allá de la ejecución de procedimientos, incorporando procesos de análisis, razonamiento y juicio clínico en cada una de sus actuaciones (Wolf & Penafiel, 2017).

La formación del pensamiento crítico comienza durante la educación universitaria y continúa fortaleciéndose mediante la experiencia profesional y la educación permanente. Las metodologías activas de enseñanza, como el aprendizaje basado en problemas, los estudios de caso, la simulación clínica y el análisis reflexivo de experiencias asistenciales, favorecen el desarrollo de esta competencia al estimular la participación activa del estudiante en la resolución de problemas reales. Estas estrategias permiten integrar conocimientos teóricos con habilidades prácticas, promoviendo una comprensión más profunda de los procesos de atención y cuidado (Guamán et al., 2024; Moya & Parra, 2006).

El pensamiento crítico también constituye un elemento fundamental para la práctica basada en evidencia. La capacidad para interpretar resultados de investigaciones, evaluar la calidad metodológica de los estudios y seleccionar la información más pertinente permite que las decisiones clínicas se fundamenten en evidencia científica confiable. Esta competencia favorece la actualización permanente del conocimiento y contribuye a reducir la variabilidad en la práctica asistencial, fortaleciendo la seguridad del paciente y la calidad del cuidado (Rivera, 2017).

Por otra parte, la práctica reflexiva representa un proceso mediante el cual el profesional analiza críticamente sus propias experiencias para identificar fortalezas, reconocer oportunidades de mejora y generar aprendizajes que puedan aplicarse en situaciones futuras. Reflexionar sobre la práctica cotidiana permite transformar la experiencia clínica en conocimiento profesional, favoreciendo una actitud de mejora continua y promoviendo una atención cada vez más segura y humanizada (Moya & Parra, 2006).

La reflexión profesional puede desarrollarse antes, durante y después de la intervención clínica. Antes de actuar, el enfermero analiza la información disponible y planifica las acciones más adecuadas; durante la atención evalúa continuamente la respuesta del paciente y realiza los ajustes necesarios; posteriormente reflexiona sobre los resultados obtenidos, identifica aspectos susceptibles de mejora y fortalece su experiencia profesional. Este ciclo continuo de reflexión favorece el desarrollo del juicio clínico y contribuye al perfeccionamiento permanente de la práctica asistencial (Tovar-Moncada & Crespo-Knopfler, 2015).

Diversas investigaciones han demostrado que los estudiantes y profesionales que desarrollan procesos sistemáticos de reflexión presentan mayor capacidad para resolver problemas clínicos, trabajar en equipos interdisciplinarios y adaptarse a situaciones imprevistas. Asimismo, la práctica reflexiva fortalece competencias relacionadas con la comunicación, la empatía, el liderazgo y la toma de decisiones, favoreciendo una atención centrada en las necesidades de las personas y sus familias (Olate & Castillo, 2016).

El pensamiento crítico y la práctica reflexiva también favorecen la innovación dentro de los servicios de salud. La capacidad para cuestionar procedimientos tradicionales, analizar nuevas evidencias científicas y proponer estrategias de mejora permite optimizar los procesos asistenciales y fortalecer la calidad del cuidado. En este sentido, ambos procesos constituyen herramientas indispensables para impulsar cambios organizacionales y responder de manera efectiva a los desafíos que enfrenta la enfermería contemporánea (Guamán et al., 2024; Wolf & Penafiel, 2017).

Figura 3.4. Ciclo del pensamiento crítico y la práctica reflexiva en enfermería



Nota. Elaboración propia con base en Moya y Parra (2006), Tovar-Moncada y Crespo-Knopfler (2015), Olate y Castillo (2016), Wolf y Penafiel (2017), Rivera (2017) y Guamán et al. (2024).

3.7. Investigación y desarrollo profesional en enfermería

La investigación constituye uno de los pilares fundamentales para el fortalecimiento de la enfermería como disciplina científica y profesión sanitaria. A través de la generación, análisis y aplicación del conocimiento, los profesionales de

enfermería contribuyen a mejorar la calidad del cuidado, optimizar los procesos asistenciales y responder de manera efectiva a las necesidades cambiantes de la población. En la actualidad, el desarrollo profesional no puede entenderse únicamente como la adquisición de experiencia clínica, sino también como la capacidad para producir, interpretar e incorporar evidencia científica que sustente la toma de decisiones y promueva la innovación en los servicios de salud (Rivera, 2017).

Durante las últimas décadas, la investigación en enfermería ha experimentado un crecimiento significativo, consolidándose como un componente esencial de la práctica profesional. Este avance ha permitido ampliar el conocimiento sobre el cuidado humano, evaluar la efectividad de las intervenciones de enfermería, desarrollar protocolos clínicos y diseñar estrategias orientadas a mejorar la seguridad del paciente. Como resultado, la profesión ha fortalecido su identidad disciplinar y ha incrementado su participación en equipos multidisciplinarios de investigación en salud (Coffré et al., 2018).

El desarrollo de competencias investigativas debe iniciarse desde la formación universitaria y fortalecerse a lo largo de toda la vida profesional. La enseñanza de la metodología de la investigación, la lectura crítica de artículos científicos, la formulación de preguntas de investigación y la participación en proyectos académicos permiten que los futuros profesionales desarrollen habilidades para identificar problemas clínicos, analizar información científica y generar propuestas de solución fundamentadas en evidencia. Estas competencias favorecen una práctica más reflexiva, crítica y orientada a la mejora continua de la calidad asistencial (Moscoso, 2022).

La investigación cualitativa ocupa un lugar relevante dentro de la enfermería al permitir comprender las experiencias, percepciones y necesidades de los pacientes, sus familias y los propios profesionales de la salud. Este enfoque metodológico facilita el análisis de fenómenos complejos relacionados con el cuidado, la comunicación, la adaptación a la enfermedad y la experiencia vivida durante los procesos asistenciales. La información obtenida complementa los hallazgos cuantitativos y contribuye al diseño de intervenciones más humanizadas y centradas en la persona (Rivera, 2017).

De igual manera, la investigación cuantitativa aporta evidencia objetiva para evaluar la eficacia de intervenciones, comparar tratamientos, validar instrumentos de medición y analizar indicadores de calidad en los servicios de salud. La combinación de enfoques cuantitativos y cualitativos fortalece la producción científica de la enfermería y favorece una comprensión integral de los fenómenos relacionados con el cuidado, permitiendo fundamentar las decisiones clínicas en resultados confiables y reproducibles (Coffré et al., 2018).

Otro aspecto esencial del desarrollo profesional es la difusión del conocimiento científico. La publicación de artículos en revistas indexadas, la participación en congresos nacionales e internacionales, la elaboración de capítulos de libros, la presentación de ponencias y la integración en redes de investigación contribuyen a visibilizar el aporte de la enfermería al desarrollo de los sistemas de salud. Estas actividades fortalecen el intercambio académico, favorecen la colaboración

interdisciplinaria y estimulan la incorporación de buenas prácticas sustentadas en evidencia (Mendes et al., 2016).

La investigación también impulsa procesos de innovación dentro de las instituciones sanitarias. La evaluación continua de los cuidados, la implementación de proyectos de mejora, el análisis de indicadores de calidad y el desarrollo de nuevas estrategias de intervención permiten optimizar la atención, incrementar la seguridad del paciente y promover una cultura organizacional orientada hacia el aprendizaje permanente. En este sentido, la investigación deja de ser una actividad exclusiva del ámbito académico para convertirse en una herramienta cotidiana de transformación de la práctica profesional (Lafuente-Robles et al., 2019).

El fortalecimiento de la cultura investigativa requiere el compromiso conjunto de universidades, instituciones de salud, sociedades científicas y organismos gubernamentales. Estas organizaciones desempeñan un papel fundamental al promover programas de formación, financiamiento para proyectos de investigación, acceso a bases de datos científicas y oportunidades para la difusión de resultados.

De igual forma, el acompañamiento mediante programas de mentoría y redes colaborativas favorece la incorporación de nuevos investigadores y fortalece la producción científica de la disciplina (Mendes et al., 2016; Coffré et al., 2018).

Figura 3.5. Proceso de investigación y desarrollo profesional en enfermería



Nota. Elaboración propia con base en Rivera (2017), Coffré et al. (2018), Lafuente-Robles et al. (2019), Moscoso (2022) y Mendes et al. (2016).

Referencias

- Aguayo-Loyola, T., Aguilera-Wall, J., Cifuentes-Quintana, V., Arias-Jiménez, E., & Cáceres, P. M. (2023). Estilo de liderazgo en profesionales de enfermería dentro de un sistema público. *Medicina Y Seguridad Del Trabajo*, 69(272), 139–148. <https://doi.org/10.4321/s0465-546x2023000300002>
- Coffré, J. a. F., Chavez, K. a. P., & Fernandez, J. a. C. (2018, June 1). Producción investigativa del pensamiento reflexivo y crítico del profesional de enfermería en el Ecuador. *Revista Publicando*. <https://revistapublicando.org/revista/index.php/crv/article/view/1352>
- Cruz, F. J. C. J. (2022). La Importancia de la Educación continua para el desarrollo Profesional de las Enfermeras. *Revista Científica De Salud Y Desarrollo Humano*, 3(2), 181–202. <https://doi.org/10.61368/r.s.d.h.v3i2.39>
- De Melo Lanzoni, G. M., & Meirelles, B. H. S. (2011). Leadership of the nurse: an integrative literature review. *Revista Latino-Americana De Enfermagem*, 19(3), 651–658. <https://doi.org/10.1590/s0104-11692011000300026>
- Del Carmen De Arco-Canoles, O., & Suarez-Calle, Z. K. (2018). Rol de los profesionales de enfermería en el sistema de salud colombiano. *Universidad Y Salud*, 20(2), 171. <https://doi.org/10.22267/rus.182002.121>
- Fortuna, C. M., Dias, B. M., Laus, A. M., Mishima, S. M., & De Bortoli Cassiani, S. H. (2022). Educación interprofesional en salud en la Región de las Américas desde la perspectiva de la enfermería. *Revista Panamericana De Salud Pública*, 46, 1. <https://doi.org/10.26633/rpsp.2022.69>
- Fuentes, P. E. S., Reynaldos-Grandón, K., Martínez-Santana, D., Jerez-Yáñez, O., & De Chile, P. U. C. (2014). Skills for Nurses in the field of management and Administration: Contemporary Challenges to the profession. *Aquichan*, 14(1), 79–99. <https://doi.org/10.5294/aqui.2014.14.1.7>
- Guamán, O. L. C., Vizuite, W. R. M., Alvarado, M. C. C., & Cabello, S. E. R. (2024). Tendencias actuales en la formación del Pensamiento reflexivo y critico de los estudiantes de enfermería. *Reincisol*, 3(5), 1413–1427. [https://doi.org/10.59282/reincisol.v3\(5\)1413-1427](https://doi.org/10.59282/reincisol.v3(5)1413-1427)
- Lafuente-Robles, N., Fernández-Salazar, S., Rodríguez-Gómez, S., Casado-Mora, M. I., Morales-Asencio, J. M., & Ramos-Morcillo, A. J. (2019). Desarrollo competencial de las enfermeras en el sistema sanitario público de Andalucía. *Enfermería Clínica*, 29(2), 83–89. <https://doi.org/10.1016/j.enfcli.2018.12.013>
- Mendes, I. a. C., Ventura, C. a. A., Trevizan, M. A., Marchi-Alves, L. M., & De Souza-Junior, V. D. (2016). Education, leadership and partnerships: nursing potential for Universal Health Coverage. *Revista Latino-Americana De Enfermagem*, 24(0), e2673. <https://doi.org/10.1590/1518-8345.1092.2673>
- Morales, E. I. O., & Díaz, C. F. O. (2023). Implementación de la guía desarrollo y mantenimiento del liderazgo en enfermería en la universidad de chile. *Ciencia Y Enfermería/Ciencia Y Enfermería*, 29. <https://doi.org/10.29393/ce29-9igec20009>
- Moscoso, P. (2022). Reflexión para la innovación curricular en enfermería:: enriquecer el contenido con saber experto. *perfiles.uv.cl*. <https://doi.org/10.22370/bre.71.2022.3205>

- Moya, J. L. M., & Parra, S. C. (2006). La enseñanza de la enfermería como una práctica reflexiva. *Texto & Contexto - Enfermagem*, 15(2), 303–311. <https://doi.org/10.1590/s0104-07072006000200015>
- Olate, Jessica, & Castillo, Silvana. (2016). Desarrollo de procesos reflexivos desde la percepción de estudiantes de enfermería. *Revista de psicología (Santiago)*, 25(2), 01-18. http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0719-05812016000200012&lng=es&tlng=es.
- Pailaquilén, R. M. B. (2020). Liderazgo en enfermería y el liderazgo más allá de la enfermería. *Revista CuidArte*, 9(18.1). <https://doi.org/10.22201/fesi.23958979e.2020.9.18.1.77577>
- Rivera, J. S. L. (2017). La investigación cualitativa y el desarrollo profesional de enfermería. *Cuidado Y Salud Kawsayninchis*, 2(2), 220–234. https://doi.org/10.31381/cuidado_y_salud.v2i2.1131
- Rojas, L. V., & Klijn, T. P. (2012). Coaching educativo como estrategia para fortalecer el liderazgo en enfermería. *Ciencia Y Enfermería/Ciencia Y EnfermeríaA*, 18(2), 111–117. <https://doi.org/10.4067/s0717-95532012000200012>
- Tapia, S. J. C. (2020). Liderazgo en enfermería, y su importancia en el desarrollo disciplinar. *Revista CuidArte*, 9(18.1). <https://doi.org/10.22201/fesi.23958979e.2020.9.18.1.77578>
- Tovar-Moncada, M. del C., & Crespo-Knopfler, S. (2015). Del aprendizaje vicario al aprendizaje reflexivo en la formación profesional de enfermería. *Revista De Enfermería Del Instituto Mexicano Del Seguro Social*, 23(2), 115-120. https://revistaenfermeria.imss.gob.mx/index.php/revista_enfermeria/article/view/51
- Wolf, I. D., & Penafiel, A. I. (2017). Desarrollo del pensamiento crítico en la formación del profesional enfermero. *Ciencia Y Enfermería/Ciencia Y EnfermeríaA*, 23(2), 9–12. <https://doi.org/10.4067/s0717-95532017000200009>